

Declaración del Día del Trabajo

Monseñor Thomas G. Wenski
Arzobispo de Miami
Presidente del Comité de Justicia Nacional y Desarrollo Humano
Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos
5 de septiembre de 2016

Tú eres, Señor, nuestro refugio.

— *Salmo 89:1*

Este Día del Trabajo, volcamos nuestra atención a nuestros hermanos y hermanas que enfrentan crisis paralelas: profundas pruebas tanto en el mundo del trabajo como en el estado de la familia. Estos tiempos difíciles pueden empujarnos a la desesperación y a los muchos peligros que trae consigo. Dentro de esta realidad, la Iglesia comparte una palabra de esperanza, dirigiendo los corazones y las mentes a la dignidad de cada persona humana y la santidad del trabajo mismo, que es dado por Dios. Ella busca reemplazar la desesperación y el aislamiento con la preocupación humana y la solidaridad verdadera, reafirmando la confianza en un Dios bueno y bondadoso que sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos (Mt 6:8).

Desbarajuste en el mundo del trabajo

Vemos señales que se han vuelto demasiado familiares en los años posteriores a la Gran Recesión: estancamiento de los salarios, industrias que abandonan pueblos y ciudades, y la drástica disminución de la tasa de trabajadores organizados en el sector privado, que se redujo en más de dos tercios entre 1973 y 2009 hasta llegar a 7%. Millones de familias siguen viviendo en la pobreza, sin encontrar una salida. Las tasas de pobreza entre los niños son alarmantemente elevadas, al punto que 40% de los niños estadounidenses pasan al menos un año en la pobreza antes de cumplir los dieciocho años. Aunque esta realidad se hace sentir en todo el país, este año han aparecido nuevas investigaciones que muestran el agudo dolor de la clase media y rural estadounidense a raíz del retiro de las industrias. Tras haber sido el centro del trabajo y la promesa de salarios dignos para mantener familias, las investigaciones muestran el colapso de estas comunidades hoy en día, el abuso de sustancias cada vez mayor, y el aumento del número de familias desintegradas.

La familia en crisis

La familia se dobla bajo el peso de estas presiones económicas y problemas culturales relacionados. El papa Francisco, al término de su discurso al Congreso en septiembre pasado, habló de las consecuencias para las familias:

Cuán fundamental ha sido la familia en la construcción de este país. Y cuán digna sigue siendo de nuestro apoyo y aliento... De modo particular quisiera llamar su atención sobre aquellos componentes de la familia que parecen ser los más vulnerables, es decir, los jóvenes. Muchos tienen delante un futuro lleno de innumerables posibilidades, muchos otros parecen desorientados y sin sentido, prisioneros en un laberinto de violencia, de abuso y desesperación. Sus problemas son nuestros problemas. No nos es posible eludirlos. Hay que afrontarlos juntos, hablar y buscar soluciones más allá del simple tratamiento nominal de las cuestiones. Aun a riesgo de simplificar, podríamos decir que existe una cultura tal que empuja a muchos jóvenes a no poder formar una familia porque están privados de oportunidades de futuro. Sin embargo, esa misma cultura concede a muchos otros, por el contrario, tantas oportunidades, que también ellos se ven disuadidos de formar una familia.¹

¹ Papa Francisco, Discurso al Congreso de los Estados Unidos, 24 de septiembre de 2015.

Las fuerzas económicas y políticas han llevado a perspectivas económicas cada vez más estrechas para los estadounidenses que no tienen acceso a la educación superior, lo cual está teniendo un impacto directo en la salud y estabilidad de las familias. Por ejemplo, más de la mitad de los padres y madres entre 26 y 31 años tienen ahora hijos fuera del matrimonio, y las investigaciones muestran que un factor importante es la falta de trabajos de nivel medio —carreras con las que alguien puede mantener una familia por encima de la línea de la pobreza sin tener grado universitario— en regiones con elevada desigualdad de ingresos. Las tasas de divorcio y la tasa de hogares monoparentales se desglosan a lo largo de líneas educativas y económicas similares. Las preocupaciones financieras y las crisis en la vida familiar pueden generar una sensación de desesperanza y desesperación. La denominada región del Cinturón de Óxido parece tener ahora la concentración más alta de la nación de muertes relacionadas con drogas, incluyendo las causadas por sobredosis de heroína y fármacos recetados.

La Iglesia llora con todas estas familias, con estos niños, cuyos hogares y mundos están quebrados. Como ha dicho el papa Francisco: “Son situaciones injustas, pero sabemos que Dios está sufriendolas con nosotros, está viviéndolas a nuestro lado. No nos deja solos. Jesús no solo quiso solidarizarse con cada persona, no solo quiso que nadie sienta o viva la falta de su compañía y de su auxilio y de su amor. Él mismo se ha identificado con todos aquellos que sufren, que lloran, que padecen alguna injusticia. Él lo dice claramente: ‘Tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; anduve como forastero y me dieron alojamiento’ (Mt 25:35)”.²

“Para que todos sean uno” — Juan 17:21

Cuando empezamos a buscar respuestas a estas realidades, sentimos menos confianza en muchos de nuestros líderes políticos en estos días. En lugar de diálogo y soluciones constructivas que unan a las personas, vemos cada vez más esfuerzos por dividir como un medio para obtener apoyo. Pero más divisiones nunca son el fruto del Espíritu Santo (Ga 5:19-21). Cuando nuestros líderes debieran estar llamándonos a una visión del bien común que eleve el espíritu humano y busque calmar nuestras tendencias al temor, nos encontramos con que nuestras inseguridades son explotadas como un medio para fomentar agendas partidistas. Nuestros líderes nunca deben usar la ansiedad como un medio para manipular personas en situaciones desesperadas, o para enfrentar un grupo de personas contra otro para obtener réditos políticos. Para que nuestra dinámica cambie, debemos reemplazar el temor con una visión más completa que pueda ser respaldada poderosamente por nuestra fe.

La Buena Nueva sigue siendo buena

Jesús dijo: “Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo les daré alivio. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso, porque mi yugo es suave y mi carga, ligera” (Mt 11:28-30). Empecemos acudiendo al Señor, poniendo nuestras cargas al pie de su cruz y entregando nuestros corazones para que podamos encontrar descanso.

El papa Francisco describe la imagen de una respuesta duradera al creciente aislamiento y desesperación que vemos a nuestro alrededor. Para contrarrestar la desesperanza, nos dice que la comunidad cristiana “se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias... y asume la vida humana, tocando la carne sufriendo de Cristo en el pueblo”.³ Ante una actividad interminable y frenética y el interés individualista, la Iglesia “sabe de esperas largas y de aguante apostólico”, así como “tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites”.⁴ El tipo de encuentro que ofrecemos puede ser transformador, llenar a los demás con el sentido de su dignidad dada por Dios, y ayudarlos a saber que no están solos en sus luchas. La historia de la Iglesia está llena de comunidades que se tomaron en serio el llamado a ser el “guardián de su hermano” (Gn 4:9), que enfrentaron desafíos juntas, y que elevaron el “clamor de los pobres” (Salmo 33:7). Aquellos que hoy en día se sientan abandonados, sepan que la Iglesia quiere caminar con ustedes, en compañía del Dios que les formó sus “entrañas” y que sabe que ustedes están “formados maravillosamente” (Salmo 138:13-14).

El trabajo digno está en el centro de nuestros esfuerzos, porque a partir de él percibimos lo que somos como seres humanos. San Juan Pablo II nos ha recordado que el trabajo humano es una clave esencial para

² Papa Francisco, Saludo en la Parroquia de San Patricio, Washington, DC, 24 de septiembre de 2015.

³ *Evangelii Gaudium*, no. 24.

⁴ *Ibíd.*

comprender nuestras relaciones sociales, vital para la formación de la familia y la construcción de la comunidad de acuerdo con nuestra dignidad dada por Dios. Escribió que el trabajo es la dimensión “...de la que la vida del hombre está hecha cada día, de la que deriva la propia dignidad específica”.⁵ Sabemos que el trabajo tiene dignidad porque Jesús “dedicó la mayor parte de los años de su vida terrena *al trabajo manual* junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente ‘Evangelio del trabajo’, que manifiesta cómo el fundamento para determinar el valor del trabajo humano no es en primer lugar el tipo de trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona”.⁶ La pobreza, por tanto, aparece “como *resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano*: bien sea porque se limitan las posibilidades del trabajo —es decir por la plaga del desempleo—, bien porque se deprecian el trabajo y los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia”.⁷

En nuestro llamado a reconstruir la comunidad sobre una base más firme, debemos confiar en los principios hermanos de la solidaridad y la subsidiariedad. La solidaridad reconoce que cada uno de nosotros está conectado, y que todos tenemos la responsabilidad de cuidar unos de otros, en particular de los pobres y vulnerables. El principio de subsidiariedad reconoce que los problemas que enfrentan los seres humanos deben ser abordados en el nivel correspondiente de la sociedad con la capacidad para hacerlo, y a menudo en concierto con los demás.

La primera respuesta, entonces, es local, mirar por nuestro prójimo necesitado, nuestros hermanos y hermanas que pueden estar sin trabajo suficiente para sus familias, y ofrecerles ayuda. Esa ayuda puede adoptar la forma de alimentos, dinero, consejo, amistad, apoyo espiritual u otras formas de amor y bondad. Debemos esperar este tipo de compromiso de los cristianos en medio de nuestras dificultades, y debemos orar para encontrar maneras de brindar nuestra ayuda como miembros de la Iglesia. Si usted es un empleador, está llamado a respetar la dignidad de sus trabajadores a través de un salario justo y condiciones de trabajo que permitan una vida familiar segura.

A medida que nos comprometemos con nuestro prójimo y nuestras comunidades, rápidamente encontramos maneras de profundizar la solidaridad de una manera más amplia, y de actuar sobre las estructuras y políticas que impactan en un trabajo significativo y la estabilidad familiar. El cuerpo místico de Cristo está vivo en toda nuestra nación y en todo el mundo, y nuestra respuesta en Cristo mira también por nuestra sociedad en general. “El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de la caridad, que no sólo afecta a las relaciones entre los individuos, sino a ‘las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas’”.⁸ En pocas palabras, debemos abogar por empleos y salarios que verdaderamente proporcionen una vida digna para las personas y sus familias, y por condiciones de trabajo que sean seguras y permitan un pleno florecimiento de la vida fuera del lugar de trabajo. Los sindicatos y asociaciones de trabajadores, aunque imperfectos, siguen siendo una parte esencial del esfuerzo, y las personas de fe y buena voluntad pueden ser una levadura poderosa para asegurar que estos grupos, tan importantes en la sociedad, sigan manteniendo la dignidad humana en el centro de sus esfuerzos.

A medida que aumenten los frutos de la solidaridad y el cuidado de unos a otros, a medida que empecemos a hacer impactos reales en las políticas que ayudan a las personas a formar familias estables y vivir de acuerdo con su dignidad, el gastado paradigma que sustenta nuestra política nacional será puesto en cuestión. Como ha escrito el papa Francisco, “[t]oda teoría o acción económica y política debe emplearse para suministrar a cada habitante de la tierra ese mínimo de bienestar que consienta vivir con dignidad, en la libertad, con la posibilidad de sostener una familia, educar a los hijos, alabar a Dios y desarrollar las propias capacidades humanas”.⁹ Con el tiempo, empezaremos a restaurar un sentido de esperanza y cambio duradero que ponga, una vez más, nuestros sistemas económicos y políticos al servicio de la persona humana.

⁵ *Laborem Exercens*, no. 1.

⁶ *Laborem Exercens*, no. 6.

⁷ *Laborem Exercens*, no. 8.

⁸ *Laudato Si'*, no. 231, citando a *Caritas in Veritate*, no. 2.

⁹ Papa Francisco, Carta al honorable David Cameron, primer ministro del Reino Unido, con ocasión de la Cumbre del G8 (17 y 18 de junio de 2013).

Recordemos siempre en estos tiempos difíciles la oferta del Señor de “descanso” a “todos los que están fatigados y agobiados por la carga”. Como escribe el papa Francisco, el domingo “anuncia ‘el descanso eterno del hombre en Dios’”.¹⁰ A medida que abogemos por todos los que están luchando para encontrar trabajo suficiente que honre su dignidad, debemos también afirmar en la sociedad la necesidad de que todas las personas descansen, y finalmente que “descansen en Dios”. En tiempos de inquietud y desaliento, recordemos la hermosa oración de san Agustín, quien escribió: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti”.

¡Hay mucho por hacer! Pongámonos en marcha con la expectativa esperanzada del salmista:

*Llénanos de tu amor por la mañana
y júbilo será la vida toda.
Que el Señor bondadoso nos ayude
y dé prosperidad a nuestras obras.
—Salmo 89:14-17*

¹⁰ *Laudato Si'*, no. 237, citando el *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 2175.